

Realizar una propuesta económica que ponga en el centro la necesidad de un Chile moderno y competitivo, capaz de insertarse con éxito en la economía mundial, en el cual el mercado ocupe todo el espacio necesario y exista un Estado no obeso sino con capacidad estratégica y de generar las mejores condiciones para el progreso, no obedece a ninguna ideología en particular ni implica conversiones o abjuraciones.

Significa simplemente entender cuáles son las condiciones y características de los cambios extraordinarios que presenciamos a nivel tecnológico, informacional y económico, y de la necesidad de encarnar nuestros ideales de justicia social en un desarrollo que procure bienestar para todos en este mundo cambiante.

Significa, es cierto, un cambio respecto al pasado, respecto a todo un patrón de desarrollo que enmarcó la vida económica, social y política de Chile desde los años 30 y que se agotó.

Ese patrón de desarrollo ya agotado fue vivido y compartido en mayor o menor medida por todos: derecha, centro e izquierda; por empresarios y sindicalistas y por quienes se sucedieron en la dirección del Estado.

Pero es un pasado que los chilenos no debemos juzgar o peor, demonizar con los ojos de hoy, pues tuvo virtudes y límites, quizás el más grave de sus defectos es que por diversas razones sobrevivió a las condiciones que lo originaron.

Nuestro planteamiento se niega a hacer una opción entre crecimiento y equidad, creemos que el enfoque de futuro del desarrollo económico requiere del abordaje simultáneo de ambos objetivos.

Eso es lo verdaderamente novedoso y progresista. Hasta ayer, en los esquemas económicos anteriores, se podía pensar en crecer aún con grandes desigualdades, el enfoque sistémico que requiere la economía moderna y que pone en el centro la incorporación del progreso técnico, plantea como un nudo inseparable en el largo plazo la competitividad y la equidad.

La equidad, la efectiva ciudadanía económica y social, no es por tanto sólo un problema ético y político.

Por supuesto, es un problema ético en sí mismo y, naturalmente, es un problema político, pues no es casualidad que la menor estabilidad política en América Latina aparece con más fuerza en las sociedades con bajos niveles de integración y con enormes frustraciones de las aspiraciones de la gente.

Pero hoy la equidad es una necesidad de la economía pues no seremos capaces de mantener y acrecentar competitividad sin nuevos niveles de incorporación científica y tecnológica, sin recursos humanos capaces de hacerlo, sin una población que ejerza ciudadanía en todos los niveles.

Ningún país pasa a las "ligas mayores", con millones de pobres y de jóvenes no formados.

No es ninguna casualidad que los países más exitosos económicamente como Alemania y Japón sean a la vez los que han avanzado en el terreno de la equidad.

Junto con consolidar todo lo alcanzado en la exitosa transición democrática encabezada por el Presidente Aylwin y de la cual formamos parte, es necesario avanzar en dar respuesta a los desafíos del futuro.

- Mayor equidad para ser competitivos mañana.
- Profunda reforma educativa.
- Incorporación de la variable ambiental tanto en función de la calidad de la vida como del nivel de vida.
- Modernización del Estado y de la gestión pública.
- Contar con interlocutores sociales sólidos que se sientan participando para dar verdadera estabilidad a la democracia.